

sucesor de los Príncipes de Toscana. Mas viendo el gabinete de Madrid que la corte de Viena iba dilatando de dia en dia el conceder al Infante la dispensa de la edad, le espidió órdenes para que, sin mas que esperar el diploma imperial, pasase á Parma á tomar posesion. Partió, pues, de Florencia, y por la via de Bolonia y de Módena llegó á Parma, á cuyas puertas recibió las llaves de la ciudad, haciendo despues su entrada pública y solemne, lo que reiteró de allí á pocos dias en Placencia. Mostró el nuevo Príncipe desde que se vió colocado en el trono de Parma, no estar contento de la corte de Roma. Así es, que su enviado extraordinario el conde de Porta declaró al Papa en una audiencia particular que el Infante su amo quería absolutamente que la santa Sede le restituyese los feudos de Castro y Ronciglione. Pero esta pretension no tuvo consecuencia alguna, ya por las razones que alegó el Sumo Pontífice, ya por la unanime resistencia que opusieron los cardenales; por manera que no tornó á ser molestada la corte de Roma, lo cual le hizo concebir muy justas esperanzas, así de la notoria piedad del Rey católico, como de la delicada conciencia de su augusto hijo; y restituida por esta parte la paz á Italia y la tranquilidad al ánimo del Pontífice, pudo Clemente XII ocupar mas libremente su celo paternal en otros negocios de no menor importancia.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN EL LIBRO OCTOGÉSIMO-ÓCTAVO, Y TERCERO DE LA CONTINUACION.

N.º 1. Pretensiones de las principales cortes de Europa. 2. Destierro de los calvinistas de Cerdeña. 3. Proteccion que les conceden algunos estados protestantes. 4. El Rey de Prusia favorece á los sectarios de Saltzburgo. 5. Los protestantes de Polonia son protegidos por el Rey de Inglaterra y los cismáticos por la Emperatriz de Rusia. 6. Los súbditos del obispo de Basilea recurren al Emperador. 7. Caridad del obispo de Nápoles para con sus diocesanos. 8. Decreto de la congregacion del concilio en favor de algunos frailes apóstatas. 9. Celo de Clemente XII por la conversion de los luteranos de Alemania. 10. Conversion de un hermano del Emperador de Marruecos. 11. El duque de Riperdá se hace mahometano. 12. Campaña de Oran. 13. Inútiles tentativas de los moros contra Ceuta y Oran. 14. Tumultos de Benevento. 15. El cardenal Coscia es arrestado en un convento de Roma. 16. Fin de su

TOM. XXIX, I DE CONT.

37

proceso. 17. El Papa pronuncia la sentencia que es inmediatamente egecutada. 18. Supuestos milagros y supersticioso culto del diácono París. 19. Imposturas y fanatismo del partido. 20. Convulsionarios. 21. Libros del partido condenados por el arzobispo de París. 22. Oposicion de la secta al mandato del prelado. 23. Recurso del arzobispo al Rey y consecuencias que produce. 24. Muerte del Rey de Polonia Federico Augusto II. 25. El arzobispo de Gnesna, primado y regente de Polonia. 26. Fórmanse tres partidos en la eleccion del Rey, y el Papa se declara á favor del hijo de Augusto. 27. Progresos de los estanislaitas. 28. Invasion de Polonia por los rusos. 29. Eleccion de Estanislao Leckzinski. 30. El partido contrario á Estanislao elige por Rey á Augusto de Sajonia. 31. Coronacion de Augusto y protesta de los estanislaitas. 32. Sitio y bombardeo de Dantzik. 33. Huye Estanislao de Dantzik y se retira á Prusia. 34. Capitulacion de Dantzik. 35. Conducta del Papa respecto á los asuntos de Polonia. 36. Sumision del primado al Rey Augusto. 37. Renuncia de Estanislao. 38. Teodoro de Newoff, electo Rey de Córcega. 39. Huye de la isla. 40. Es apresado en Amsterdam é instituye la órden de los caballeros de la liberacion. 41. Procuran los genoveses apoderarse de él é imploran el ausilio de Francia. 42. Sospechas de secreta inteligencia entre Teodoro y algunos Principes de Europa. 43. Operaciones del egercito francés en Córcega. 44. Entra Teodoro en la isla y vuelve á salir. 45. Acta de los corsos en favor de su Rey. 46. Muerte de Mr. Bernex, obispo de Ginebra.

47. Muerte de Barchman y eleccion de Teodoro Van-der-Croon. 48. Infructuoso proyecto del nuncio apostólico en Bruselas para reducir á los cismáticos de Utrecht. 49. Breve de Clemente XII á los católicos de Holanda. 50. Apela Van-der-Croon del breve apostólico. 51. Muerte de Van-der-Croon y eleccion de Pedro Juan Meindartz. 52. Conquista de Nápoles. 53. Entrada de D. Carlos en la capital. 54. Batalla de Bitonto. 55. Toma de Gaeta y de Cápua. 56. Conquista de Sicilia. 57. Coronacion de D. Carlos en Palermo. 58. Alánanse las dificultades que oponia la corte de Roma acerca de la investidura de Nápoles y Sicilia. 59. Reglamentos eclesiásticos publicados en Nápoles por el Rey. 60. Tumulto de Roma. 61. Otro semejante en Velletri. 62. Edictos del Rey D. Carlos llamando á los judios á Nápoles. 63. El infante D. Luis es creado arzobispo de Toledo y Cardenal. 64. El arzobispo de Paris reforma el breviario de su Iglesia. 65. Decreto doctrinal del parlamento de Paris. 66. Caida del obispo de San Papoul. 67. Asesinato del abate Couet, vicario general de Paris. 68. El parlamento de Paris se opone á la canonizacion de San Vicente de Paul. 69. Luis XV pone su reino bajo la proteccion de Maria Santisima. 70. Muerte de Maria Clementina Sobieski. 71. Muerte del Principe Eugenio. 72. Muerte de monseñor Visdelou, obispo de Claudiópolis y vicario apostólico de China. 73. Rigor de la persecucion en China. 74. Martirio de cuatro misioneros en Tong-king. 75. Clemente XII modifica algunos articulos del decreto del cardenal Tournon. 76. Establecimiento de las religiosas ursulinas en

Pondicheri. 77. Monseñor de La Baume, enviado visitador apostólico á Cochinchina. 78. Concilio nacional de los maronitas del monte Libano. 79. Guerra de Hungría. 80. El Príncipe Ragotzki es declarado por la Puerta Soberano de Hungría y Transilvania. 81. Decreto del Emperador y escomunion del Papa contra Ragotzki. 82. Progresos de los turcos. 83. Muerte de Ragotzki y conclusion de la paz. 84. Proyecto del cardenal Alberoni de reunir á los estados de la Iglesia la república de San Marino. 85. La corte de Roma desaprueba la conducta de Alberoni y lo releva de su legacion. 86. El beato Pacífico de San Severino. 87. El beato Tomás de Cori. 88. El beato José de la Cruz. 89. Muerte de Clemente XII. 90. Idea de su pontificado.

HISTORIA

DE LA IGLESIA.



LIBRO OCTOGÉSIMO-OCTAVO,

Y TERCERO DE LA CONTINUACION.

Desde el establecimiento de la dinastía de España en Parma y Toscana en el año 1752, hasta la muerte de Clemente XII en 1740.

1. Los asuntos de Italia, donde todo parecia anunciar una inminente guerra, no fueron la única causa que affligió el corazon paternal de Clemente XII. Nuevas y exorbitantes pretensiones que sugiere ordinariamente la política escita la ambicion y la fuerza pretende justificar, contribuyeron en este mismo tiempo á angustiar el ánimo del Padre comun de los fieles, que no podia ver con indiferencia el espíritu de oposicion á la santa Sede que manifestaban las principales cortes de Europa. El Rey de Portugal Juan V, permanecia inflexible contra Roma, y sostenia abiertamente el rompimiento con aquella curia, ocasionado, segun digimos,

por haberse negado el Papa á conceder el capelo al nuncio Bichi, que con tanto ardor solicitó aquel Príncipe. La córte de Turín defendía con todas sus fuerzas y quería hacer pasar por irrevocables los privilegios que Benedicto XIII concedió á su Soberano; pretendiendo que un Papa no puede revocar lo que ha decretado otro Papa no estando obligado el Supremo Pastor de la Iglesia á dar cuenta de sus operaciones. Aspiraba el Rey de Polonia á arrogarse el derecho de proveer la mayor parte de los beneficios eclesiásticos de aquel reino, y los mismos prelados polacos apoyaban las pretensiones de su Soberano, contrarias á los derechos de la santa Sede reconocidos y autorizados por sus predecesores. La Francia, á mas de los disturbios y agitaciones continuas que promovía en ella la heregía, había hecho avanzar un cuerpo formidable de ejército hasta el condado de Aviñon, bajo el pretexto, en la apariencia, de impedir los contrabandos que se introducían en el reino por aquella parte, pero en realidad para vengarse de una orden del Pontífice que prohibía la introducción de las manufacturas francesas en los estados de la Iglesia.

Este conjunto de pretensiones, tan diferentes una de otra como aptas todas á producir las mas desagradables consecuencias, á manera de tempestad formada de materias heterogeneas, pero igualmente inflamables, amagaba una próxima erupcion perjudicial á la dignidad del Vaticano y al honor de la santa Sede. Inútiles habían sido hasta entonces todos los medios humanos sugeridos por los consejos de la sabiduría, por el amor de la justicia y por el deseo de la páz; y parecía que léjos de

desvanecerse la tempestad con el tiempo, se había hecho mas terrible y amenazadora. Por lo que el Papa, que no había perdonado medio alguno para disiparla, conoció que no debía esperar otro auxilio que el del cielo. Mandó en consecuencia que se hiciesen en Roma públicas y solemnes rogativas, y él mismo se presentó con la mayor humildad en la iglesia de San Juan de Letran, implorando con todo su clero y pueblo la asistencia de Dios y de los santos Apóstoles para la tranquilidad de la Iglesia. Oyó el cielo los ruegos del Supremo Pastor y consoló los gemidos de su afligido rebaño haciendo desaparecer la tormenta, y tornando, al menos por algun tiempo, la deseada páz y serenidad.

2 Fue en efecto un grande consuelo para Clemente ver el celo con que el jóven Rey de Cerdeña Carlos Manuel, procuraba limpiar sus estados de toda infección de heregía. No era ya la primera vez que se vieron los calvinistas espelidos de aquel reino. Mucho antes de su abdicacion y cuando no era mas que duque de Saboya, Víctor Amadeo II, deseoso de imitar la conducta de Luis XIV, obligó á sus súbditos que profesaban el calvinismo á salir del Delfinado y de los valles del Piamonte, publicando una orden semejante á la revocacion del edicto de Nantes. Mas resistieron entonces los hereges á obedecer, tomaron las armas, y la córte de Turín se vió precisada á destruir la rebelion con la fuerza y á emprender una campaña, en la que perecieron con las armas en la mano un gran número de hereges. Pero la mayor parte, que habían sido hechos prisioneros, adquirieron su libertad por la intervencion de los cantones



protestantes de Suiza, y se refugiaron á las tierras de sus protectores, no con ánimo de establecerse en ellas ó de derramarse por la Alemania como creían sus enemigos, sino solamente para evitar por entonces las pesquias del gobierno. Efectivamente de allí á poco emprendieron el camino de su patria y se fijaron de nuevo en los dominios de su antiguo Soberano, quien por una inconsecuencia inexplicable no solo les concedió la libertad de permanecer en sus estados, sino que les restituyó además todos los privilegios de que les había despojado. Cerca de cuarenta años despues conoció Víctor por una funesta esperiencia la indispensable necesidad de reducir á todos sus súbditos á la unidad de la fe. Había visto en este largo período una multitud de desórdenes que se efectuaron en los valles del Piamonte y especialmente en el de Pragilas en el Delfinado superior: había conocido que como padre de sus pueblos debía oponerse á todo lo que contribuye á su corrupcion, y empuñar la espada, no para propagar con ella el cristianismo, sino para reprimir y castigar á los malvados que intentan arruinarle; y en fin entendió que si un Príncipe no tiene derecho de mandar en las conciencias, lo tiene y aun está obligado á procurar la seguridad de sus dominios, y á encadenar el fanatismo que siembra en ellos el desórden y la confusion. Convencido, pues, de la evidencia de estas verdades, mandó el Rey de Cerdeña á sus súbditos hereges abrazar la fe de la Iglesia católica romana bajo pena de espatriacion y de confiscacion de todos sus bienes.

3. Obstinados los calvinistas en su error y dominados

de un espíritu de presuncion, quisieron permanecer fieles á su creencia, y abandonaron los estados del Rey de Cerdeña refugiándose á Ginebra, que los recibió bajo su proteccion. No contenta aun esta república con acogerles en su seno, escribió á los cantones protestantes de Helvecia escitándolos á concurrir al socorro de sus correligionarios, á cuya invitacion se prestaron los suizos sin titubear admitiendo á los fugitivos en los cantones adictos al calvinismo. Quisieron tambien los estados de Holanda tomar parte en la compasion que ostentaba Ginebra á favor de sus hermanos, y mandó hacer colectas en todas las iglesias de los Países-Bajos, remitiendo en consecuencia grandes sumas de dinero para los sectarios piamonteses. Asimismo el Rey de Prusia escribió á los cantones de Suiza en favor de aquellos emigrados, y ofreció un asilo seguro en sus estados á todos los que quisiesen establecerse en ellos. Escribió tambien al Rey de Cerdeña suplicándole que no molestase en adelante á sus súbditos protestantes, y les concediese la libertad que él otorgaba á los prusianos católicos; pero esta carta no tuvo efecto alguno.

4. No solo protegió Federico Guillermo II á los calvinistas de Cerdeña, sino tambien á los luteranos de Saltzburgo, en cuya defensa se pronunció del modo mas decidido. Quejábanse éstos de que los maltrataban los católicos del país y les imponian cargas insoportables. El arzobispo, Príncipe de Saltzburgo, no dió otra respuesta á sus quejas que la de enviar á pedir al Emperador un cuerpo auxiliar para reducir á sus deberes á los descontentos, cuya peticion otorgó Carlos VI mandando

á dos regimientos encaminarse á las fronteras del arzobispado. Los protestantes por su parte enviaron cuatro diputados á Ratisbona para implorar el socorro de los Príncipes de su comunión, lo que bastó para que el cuerpo evangélico despues de largas conferencias presentase un memorial al comisionado de la dieta en favor de aquellos luteranos, suplicando que se les aliviase de la opresion en que gemian y probando que sus quejas eran justas, pues que estaban fundadas sobre muchísimos tratados de páz. y especialmente sobre el de Westfalia. El arzobispo justificaba su conducta con varias razones, alegando que aquellos rebeldes se oponian en materia de religion, no solamente á la fe de la Iglesia romana, sino tambien á la confesion de Augusta; que la mayor parte de ellos no sabian á que atenerse ni cual era su creencia; que no se les podia mirar sino como otros fanáticos indignos por lo mismo de participar los beneficios del tratado de Westfalia; que se habian sublevado repetidas veces contra sus propios Príncipes; que celebraban cada dia sus reuniones prohibidas por las leyes del país; que amenazaban á los católicos con el hierro y el fuego, y que era necesario en consecuencia castigar á los promotores de semejantes atentados.

Infiérese de estas declaraciones del Príncipe arzobispo, cuan justa era la aversion con que se miraba en aquel pequeño estado á los hereges; aversion que debia naturalmente crecer de dia en dia. Así en efecto sucedió: la rebellion que hasta entonces no se habia manifestado mas que en la ciudad se estendió á los pueblos y aldeas circunvecinas, cuyos habitantes luteranos

principiaron á gritar por todas partes que estaban dispuestos á abandonar el país si no se les concedia plena libertad de conciencia. El prelado quiso como Soberano impedir desde el principio semejante emigracion, y mandó hacer para ello rigurosas pesquisas. Entonces fue cuando los Príncipes protestantes tomaron abiertamente la defensa de sus correligionarios, fundados, segun decian, en que el arzobispo les perseguia injustamente, y que violaba el tratado de Westfalia. El Rey de Prusia fue el que manifestó mas ardor en esta defensa: cuando vió que no obstante las representaciones que hicieron sus ministros en la dieta de Ratisbona, no cesaba de perseguirse á los luteranos, amenazó á los católicos de Minden y de otros lugares de su dominios con que mandaria cerrar sus iglesias, desterraria sus sacerdotes y confiscaria sus bienes, aplicándolos al socorro de los emigrados de Saltzburgo si no procuraban con todas sus fuerzas que se moderase aquel arzobispo. Mandó despues á su ministro en Ratisbona publicar un escrito en virtud del cual dejaron los hereges el territorio del arzobispado, y atravesando la alta Baviera se encaminaron á Berlin, donde el Monarca los recibió con demostraciones de grande afecto. Los primeros que entraron en Prusia, que fueron sobre unas mil personas, eran por la mayor parte labradores ó artesanos pobres; mas luego comenzaron á acudir familias mas acomodadas, con algunos doctores y ministros de su religion. Todos los ciudadanos de Berlin se afanaron á imitar la conducta de su Soberano y á cumplir sus órdenes en beneficio de los nuevos huéspedes; y observóse que hasta los mismos católicos hacian